

Semana Santa de Cáceres: La crisis de los años 70

JOSÉ M^a ÁVILA ROMÁN

INTRODUCCIÓN

Mucho se ha hablado pero muy poco se ha escrito sobre la realidad de la Semana Santa cacereña en la década de los 70. Aquellos años, en los que poner una cofradía en la calle era una empresa heroica, fueron el germen de una celebración que hoy es conocida y admirada en todo el mundo. Pero la historia nunca ha hecho justicia con aquellos bravos. Ahora, con el afán de cobrarnos la deuda, recuperamos en estas páginas las vivencias y el ambiente cofrade que se respiraban en la capital extremeña, así como las tensas coyunturas políticas y sociales en torno a la celebración popular de la Semana Santa. Analizaremos fenómenos socio-políticos tales como el fútbol, la economía, la emigración, la fiebre del 600, o la transición democrática española. Todos ellos, en diversos momentos y cada uno a su modo, resultan culpables de las singulares idas y venidas por las que transcurre la Semana Santa de Cáceres en una época convulsa para el país entero.

LA DÉCADA DE LOS 70: UNA COMPOSICIÓN DE LUGAR

Componer el escenario cofrade en la ciudad de Cáceres durante los años 70 es una tarea compleja. La Semana Santa cacereña en aquella época es, fundamentalmente, una conmemoración dispersa y localista, encerrada en las murallas del adarve con nula proyección al exterior. Fruto del desarraigo, las cofradías no atraviesan precisamente su mejor momento económico. Los hermanos escasean y los directivos conviven cada año con el temblor de la duda, verdadero termómetro de los festejos, y una fatal constante durante todos estos

años. El seguimiento popular sí goza de buena salud, y solo perderá intensidad hacia los últimos años de la década, sin duda los más oscuros de la historia reciente de las cofradías en Cáceres.

El cofrade cacereño es un ejemplar en peligro de extinción, esforzado pero necesitado de un relevo generacional que no llega. Acude a las procesiones sin importarle el color de su túnica y vive una fe inquebrantable apenas rota por la discontinuidad de las celebraciones. Como ya hemos dicho, los hermanos de carga son particularmente escasos y su número disminuye paulatinamente conforme avanza la década. Llevan la incertidumbre sujeta a los varales con un paño de sudores. La presencia femenina en las cofradías se restringe casi en exclusiva a la figura de la mantilla, y existen indicios de que hasta mitad de década no comienzan a aparecer las primeras penitentes debajo de los capuchones. Es difícil de asegurar, empero, debido al anonimato de la penitencia y a que no estaba bien visto que una mujer desafiase las recias costumbres de la época abandonando el papel que tenía asignado.

En el período que nos ocupa, son siete las hermandades cacereñas que permanecen activas: Cofradía de los Ramos, Vera Cruz, Soledad y Santo Entierro, Jesús Nazareno, Cristo del Humilladero, Cristo de las Batallas y la por entonces joven cofradía del Cristo de los Estudiantes. Todas combaten problemas similares y la crisis de hermanos las golpea sin excepción, aunque en distintos momentos y con diversas consecuencias.



CRISIS DE HERMANOS: CAUSAS Y EFECTOS

La crisis participativa en la Semana Santa de Cáceres no puede explicarse si no es mediante un enrevesado cúmulo de causas e influencias. Aunque es difícil precisar el peso exacto de cada una de ellas, sí podemos acogernos al análisis y extraer pautas y directrices comunes que nos ayuden a comprender mejor lo que estaba sucediendo.

Situémonos a finales de la década de los 60 y principios de los 70. La Semana Santa cacereña no atraviesa su momento, pero apenas se perciben indicios muy tibios del fenómeno involutivo que se avecina. En este punto, todas las fuentes señalan a la emigración como uno de los factores pioneros que influirán en la posterior crisis. Cada vez hay menos participación en las procesiones porque la gente, sencillamente, se marcha de la ciudad. No mucho más tarde, comienza también a influir la fiebre del 600, la motorización de las familias y la creciente moda de irse a pasar los días festivos fuera de la ciudad, bien al campo o bien a otros destinos vacacionales. En el universo cofrade, las personas son los cimientos en los que se fundamenta la fe. Y cuando merma el capital humano, comienza a desmoronarse todo lo demás. Con el correr de los años, se desencadenan una serie de acontecimientos que resumimos en las siguientes páginas:

Si atendemos al calendario, la primera consecuencia directa de la problemática de los hermanos de carga aparece durante los años 1972 y 1973. En este período se aviva el debate cofradiero sobre la conveniencia o no de poner ruedas a los pasos. La propuesta encuentra siempre la oposición sistemática de una gran mayoría de los hermanos, ya que implica renunciar tanto a la simbólica carga penitencial del acto, como al tránsito procesional por la ciudad antigua. Muchos cofrades prefieren darse de baja, o incluso que desaparezcan las cofradías, antes de que estas pierdan su sentido penitencial mecanizando las andas.

Otro efecto inmediato, que ya apuntamos al comienzo de estas líneas, es que la incertidumbre se convierte en una constante, año tras año. Se instala sobre la Semana Santa y convive con los cofrades como si fuera una penitencia más. Los itinerarios oficiales comienzan a sufrir cambios, normalmente para recortar su longitud y aliviar la dureza ante la falta de efectivos cargadores. Los directivos no saben hasta última hora cuántos hermanos acudirán a cargar, si podrán sacar o no todos sus pasos, o si podrán cumplir el recorrido previsto porque los turnos salgan demasiado cortos.

Paralelamente, la información no fluye con la rapidez y precisión que conocemos en nuestro tiempo. Horarios y programaciones de actos, itinerarios, procesiones previstas, comentarios a pie de calle... todo está empañado

por la inseguridad y la repercusión de los festejos en la sociedad cacereña se resiente cada vez más. Mediada la década de los 70, la Semana Santa a duras penas es ya capaz de generar algunas noticias esporádicas durante los días de cuaresma. Todo lo más, arañar alguna columna en las páginas pares de los periódicos, una reseña acá o un horario acullá. Las páginas de la prensa local amanecen yermas e inhóspitas, diríase que hostiles a los ojos de un cofrade acostumbrado a los boatos del siglo XXI. Las crónicas se limitaban a enumerar las incidencias básicas del desfile, y se detenían tan solo en la composición de las presidencias civil y eclesiástica de cada cortejo. Con suerte, los pastiches informativos calzaban alguna difusa fotografía en blanco y negro... no necesariamente del año en curso. La profusión de detalles y los focos de la noticia distan años luz de lo que ojeamos, y hojeamos, hoy día en los diarios.

En esta época de vacas flacas y economía de subsistencia, las hermandades cacereñas comienzan a asumir cambios drásticos en sus métodos y estructuras de funcionamiento. No les queda otro remedio. Encontramos vivos ejemplos de ello en tres de las siete cofradías que por entonces permanecían activas: Soledad, Estudiantes y Cristo de las Batallas.

En 1975 la cofradía de la Soledad, acuciada por la escasa afluencia de hermanos, quiere recuperar la participación de las mujeres en sus desfiles, que hasta esa fecha solo estaban permitidos para los hombres. La hermandad realiza diversos comunicados y llamamientos públicos durante la Cuaresma, e incluso su mayordomo Federico Candela ruega ante la comisión Pro-Semana Santa que se haga todo lo posible para difundir esta iniciativa. Seméjase así la mujer a un olvidado clavo ardiendo del que las cofradías echan mano cuando no tienen más remedio; recurso poco elegante del cual por cierto encontramos otros ejemplos en el pasado más reciente. Las crónicas, sin embargo, nos cuentan que el propósito de la cofradía de la Soledad estuvo lejos de alcanzar la repercusión deseada.

Asimismo, la hermandad intenta recuperar la procesión del encuentro el Domingo de Resurrección, que venía agonizando en apariciones intermitentes, y que no se celebraba desde 1971. Para ello cuenta con la ayuda voluntaria de los alumnos del colegio San Francisco, institución que por entonces dependía de la Diputación Provincial. En 1976, por primera vez en muchos años, el cortejo del Santo Entierro no cuenta con representación ni presidencia oficial en sus filas.

También en 1976, la cofradía del Cristo de las Batallas suspende a última hora su procesión del Lunes Santo sin que los motivos, a día de hoy, queden medianamente claros. Se alude a lo incierto de la climatología aquella tarde, y también a los desperfectos de unas andas que, al parecer, no garantizaban



la seguridad mínima para trasladar la imagen por las calles. Parecía entonces que la suspensión iba a quedarse en simple anécdota, pero lo cierto es que la hermandad ya venía atravesando una progresiva decadencia. Sin entrar en más juicios, podemos echar la vista atrás y apuntar algunas causas a través del análisis:

- Como primera causa encontramos los cambios sociopolíticos que atraviesa un país en plena transición democrática, y una de las consecuencias es que ya no se puede obligar a los soldados a participar en eventos religiosos, como sucedía hasta entonces. Así desaparece, de un plumazo, el principal surtidor de hermanos y participantes en la estación de penitencia de la cofradía.
- Todas las hermandades, sin excepción, viven tiempos penosos, y cuentan con escasa ayuda para salir a la calle. Cualquier problema es un auténtico muro y las ayudas brillan por su ausencia.
- La Junta de Gobierno de la cofradía es ya de muy avanzada edad. En un vano intento por asegurar la continuidad de la corporación, la directiva da sus últimos coletazos intentando contactar con el obispo Llopis y con el Gobernador Militar, pero ya a destiempo y sin posibilidades de éxito.

Sin nadie que tire del carro y con varios pilares seriamente dañados, la cofradía del Cristo de las Batallas tampoco procesiona en 1977 e inicia un largo paréntesis de una década sin actividad, hasta que se refunda y vuelve a las calles el Lunes Santo de 1985.

A finales de la década de los 70, la hermandad de los Estudiantes también vive momentos muy duros. Cuenta entonces con apenas veinte años de vida y, pese a nutrirse de la cantera de alumnos del colegio San Antonio, acusa la falta de hermanos igual que el resto de cofradías. En la Cuaresma de 1978, varios de sus representantes deciden coger el toro por los cuernos y reunirse antes de Semana Santa con el padre Luis Blanco, rector de la iglesia de Santo Domingo, con la firme voluntad de encontrar el impulso necesario para revitalizarla. De esta guisa, la corporación franciscana alumbra un plan de urgencia con diversas novedades previstas ya para ese mismo año. Con unanimidad, la dirección acuerda el propósito tácito de que la cofradía de los Estudiantes esté presente en su tradicional desfile del Viernes Santo *“cualesquiera que fuesen las adversidades”*, cita textual. También recupera la antigua costumbre de hacer las estaciones penitenciales del Vía Crucis, adentrándose en la parte antigua y subiendo hasta la plaza de San Jorge. Se confeccionan veinte túnicas que quedan a disposición de quienes no hayan podido adquirirlas antes, en el convento de Santa Clara. Además, tras la procesión del Viernes Santo se celebra una reunión -con posterior vino de honor- en el colegio San Antonio para elegir una junta rectora que coordine la futura reorganización de la hermandad. Se trata este de un magnífico ejercicio de responsabilidad y amor cofrade, que con el paso de los años se revela clave para consolidar la larga trayectoria de la cofradía del Cristo de los Estudiantes.

AGENTES EXTERNOS

Ya hemos dicho que durante los años 70 las celebraciones cofrades bailan continuamente sobre el filo de un alambre inquieto. La inconsistencia es tal que cualquier factor externo, por prosaico que parezca, pone en tela de juicio la celebración de un desfile o el desarrollo normal de cualquier evento. Nos referimos, por ejemplo, al fútbol, los vaivenes de la economía municipal o la extinción del régimen franquista. Vamos a analizar con detenimiento algunas de estas situaciones que se producen en diversos momentos de la década.

El Miércoles Santo de 1976, la procesión de la Virgen de la Esperanza y el Cristo de la Buena Muerte se ve seriamente amenazada por la emisión en televisión de la ida de las semifinales de la Copa del Europa entre el Real Madrid

y el Bayern de Munich. La directiva de la hermandad de los Ramos, con su mayordomo D. Dámaso García a la cabeza, baraja soluciones de urgencia para esa noche, y hace llamamientos a los hermanos incluso en las páginas de la prensa local. Por la tarde, las horas transcurren tensas en la céntrica parroquia de San Juan. A la incertidumbre por la respuesta de los hermanos se añade un obstáculo imprevisto: la procesión, prevista a las 20:30, debe retrasarse hasta las 21 horas para evitar coincidir con la misa de la parroquia. Muchos hermanos no se van a enterar del retraso hasta que no lleguen al templo, y algunos fieles creerán que finalmente la procesión no ha podido salir. En estos momentos la hermandad se plantea incluso retrasar la salida hasta las 23 horas, cuando ya hubiera concluido el partido de fútbol, aunque la idea no cuaja por lo tardío del horario. La corporación cuenta de antemano con un plan de urgencia para el caso de no contar con suficientes hermanos de carga: dejar en casa al Cristo de la Buena Muerte y sacar solo el paso de la Virgen de la Esperanza, que ese año estrenaría bordados en su manto procesional. Finalmente, la respuesta de los hermanos es suficiente, aunque escasa, y la hermandad puede salir con sus dos titulares y bastantes sudores auestas.

La faceta musical de los cortejos tampoco se libra de los azotes de la precariedad. En este mismo año 1976, la banda de música municipal se ausenta de la mayoría de desfiles procesionales por motivos económicos. Por vez primera, la alcaldía autoriza que la banda cobre a las hermandades la cantidad de ocho mil pesetas por desfile, para compensar de alguna forma los escuetos sueldos que percibían los músicos. Los integrantes de la banda venían quejándose de que sus salarios fuesen los únicos sin actualizar en la última revisión de presupuestos municipales. Como es lógico, muy pocas hermandades pueden asumir tal caché y la Semana Santa de este año transcurre más callada que de costumbre.

La conservación del patrimonio, un aspecto esencial en la labor de cualquier cofradía, también atraviesa momentos complicados durante estos años. El paso del Beso de Judas, de la cofradía de la Vera Cruz, no pisa la calle en toda la década. Su mal estado de conservación y el elevado precio de su restauración -200.000 pesetas de la época- lo mantienen durante muchos años a la sombra en el almacén. En 1977 la hermandad puede sufragar por fin su reparación, que lleva a cabo el escayolista cacereño Luis López Jiménez, pero el destino caprichoso quiere que ese año la estación de penitencia de la Vera Cruz se suspenda por la lluvia. En 1982, un grupo de gamberros, se sospecha que drogadictos o vagabundos en busca de cobijo, acceden al almacén de la hermandad y provocan un incendio que causa serios daños a las figuras centrales del misterio -Judas y Jesús-, y destroza las figuras secundarias del sayón y del romano. De igual

modo, la antiquísima talla del Cristo del Humilladero estará más de veinte años sin procesionar -desde 1970 hasta 1991- por mal estado, y durante este período es sustituida por la imagen del Cristo de la Preciosa Sangre.

Por último, tenemos que señalar la inevitable influencia de la inestabilidad política y los tiempos convulsos que vive la sociedad española. A la ya comentada ausencia de militares en la hermandad del Cristo de las Batallas, añadimos los torpes intentos de algunos agitadores por entorpecer la conmemoración de la Pasión de Cristo. En 1977 la procesión de la madrugada sufre algunos abucheos al paso por San Juan y Santa Clara, mientras que en 1978 una pobre caterva intenta interrumpir las procesiones exhibiendo banderas extremeñas y pancartas contra las centrales nucleares durante los desfiles del Jueves y Viernes Santo. Las revueltas, con poco respaldo, no encuentran el éxito en ninguno de los dos casos.

TRIENIO MALDITO (1979-1981)

La vieja Semana Santa de Cáceres cierra la década tiritando. Este intervalo de tres años es sin duda el más triste de la historia reciente, aquél en que sus problemas tocan fondo y culmina su anunciada decadencia. Los desfiles procesionales se suceden envueltos en una atmósfera apática, rutinaria, como hojas caducas que van cayendo al piso sin que nadie advierta cuándo ni cómo se desprendieron de su ramaje. Simplemente, acontecen. Son años duros en los cuales se acentúa la carencia de mantillas, en beneficio de una mayor presencia femenina en las filas de capuchones. Este cambio no siempre resulta bien entendido en una época en que la presencia de mantillas, y de la mujer en general, ostenta en las cofradías una simbología muy distinta a la que hoy conocemos. También comienzan a verse hermanos de carga cada vez más jóvenes debajo de los pasos, un relevo generacional en aquel momento escaso pero que cobrará una importancia capital en los años venideros. La crisis participativa no afecta solo a las procesiones, sino que se extiende ya de manera muy seria a toda la ciudadanía. El seguimiento de público cada vez es menor. El cambio socio-político en España provoca un creciente desinterés, cuando no rechazo, hacia cualquier tradición que estuviera arraigada en épocas pasadas, y que ahora algunos sectores asocian equívocamente al extinto régimen franquista. La Semana Santa aún tardará años en sacudirse este indeseado lastre.

Este desafortunado trienio arranca con el oscuro y velado proceso de disolución de la Comisión pro-Semana Santa. Este organismo, aunque apenas ejercía actividad durante el año, era el único encargado de organizar y promocionar los actos que atañen a las cofradías penitenciales en Semana Santa. Revisando el curso de los acontecimientos, los hechos resultan cualquier cosa menos diáfanos.



La noticia salta cuando el hasta entonces presidente, D. Ricardo Hurtado, es nombrado director del colegio provincial San Francisco, y pone a disposición del obispo la presidencia de la comisión al no poder compatibilizar ambos cargos. Sin tiempo para armar reacción alguna, ya metidos en plena Cuaresma de 1979, se decide suprimir el pregón oficial y encargar la organización del resto de actos pasionistas a una improvisada comisión mixta de religiosos y seglares. Como solución provisional, la idea parece válida. La intención del obispado, cara al futuro, es crear un grupo de trabajo fijo, conformado por mayordomos y hermanos de las distintas cofradías pero, sin que nadie sepa muy bien por qué, este propósito quedará finalmente durmiendo en el limbo de las ideas fugaces. El vacío que deja la Comisión Pro-Semana Santa provocará que la Pasión cacereña pulule durante algunos años descazada y sin rumbo.

Se presenta de esta guisa una Semana Santa enredada en una colosal desorganización. Los desfiles del año 1979 se desarrollan poco menos que en el ostracismo, no existen carteles anunciadores ni una programación previa de actos, y los ciudadanos se quejan ante la falta de información sobre horarios y recorridos procesionales. Para mayor desgracia, el domingo de Ramos amanece con muy mal tiempo y la multitud se congrega mansa y azarosa en las inmediaciones del kiosco de la música, en el corazón del paseo de Cánovas. Muchos

suponen que la procesión de los ramos se ha suspendido, o directamente que este año no contempla efectuar estación penitencial, aunque finalmente la burri-
na procesiona, ahogada entre charcos y paraguas, sobre un itinerario recordado a última hora. Esa misma tarde, una feroz tromba de agua provoca riadas en el entorno del puente San Francisco, e inundaciones en diversas zonas de la capital cacereña. El desconcierto en la ciudad es tal que al día siguiente, Lunes Santo –día sin actividad cofrade en la ciudad–, no se sabe aún si se celebrarán todas las procesiones previstas para el resto de la semana.

Por otra parte, la reestructuración de la plaza de Santiago y las obras en el palacio de Godoy obligan a modificar parte del itinerario de salida del Nazareno en la madrugada del Viernes Santo. Horas después, en el corazón de los adarves, una grúa de obra a la altura del Palacio de la Generala se convierte en barrera inesperada y casi insalvable para la mayoría de los pasos. Antes de Semana Santa se le había retirado parte de la base que la sostiene, pero aun así queda poco espacio para transitar. Tal es el modo en que nuestra Semana Santa queda relegada a un segundo plano. Además, pocos metros más abajo encontramos un cable eléctrico que obliga a bajar todas las andas a los brazos en un notable ejercicio de habilidad y esfuerzo, tanto por parte de los hermanos de carga como de los jefes de paso.

Llegamos a 1980 y la Semana Santa de Cáceres se consume muesca tras muesca, desmán tras desmán. Este año deja de celebrarse el pregón oficial de Semana Santa, aunque sí tiene lugar un pregón alternativo, que pronuncia D. Carlos Entrena Klett en el salón de actos del colegio de las Carmelitas y que organiza la Asociación de Padres del propio centro. Hay muchos menos penitentes participando en las procesiones, y ya es habitual ver a numerosos hermanos de otras cofradías –y hábitos variopintos, cual serpiente multicolor– completando los turnos de carga de algunos pasos, que de otro modo con toda probabilidad se hubieran quedado sin salir. Esta circunstancia, aunque grave, se toma entonces como un ejemplo de la unión y solidaridad que reina entre las hermandades, ayudándose unas a otras.

La Banda de Música Municipal vuelve a ausentarse de muchos desfiles debido al excesivo caché que las hermandades, todavía en precario, son incapaces de asumir. Para más inri, las nuevas disposiciones políticas impiden que las bandas militares participen en los eventos religiosos como venía sucediendo hasta ahora. En este escenario desolador, la banda de cornetas y tambores de la Cruz Roja y la de los romanos de los Ramos sostienen en exclusiva todo el peso musical de los desfiles cacereños. Más adelante, vendrá a sumarse a ellas la banda de la recién creada asociación de majorettes de la barriada de Pinilla.

Ante el vacío legal que lastra la organización de los festejos cofrades, es el propio ayuntamiento, a través de la comisión de cultura, ferias y fiestas, quien se encarga de elaborar un cartel anunciador para la Semana Santa de 1981. Para ello se escoge en hábil dedocracia una imagen del Cristo de las Indulgencias con la autoría de Jose María Parra Talavera, fotógrafo entonces del Periódico Extremadura. Al mismo tiempo, el alcalde Manuel Domínguez Lucero certifica el compromiso municipal para evitar la inminente desaparición de la Semana Santa como celebración social. Por no haber, sepan que este año ya no hay ni pregón, ni oficial ni clandestino. Al menos, la intervención municipal consigue salvar los muebles y ayuda a que Cáceres pudiera ver, un año más, a sus cofradías en la calle. Valga una simple anécdota para ilustrar el penoso tránsito de las celebraciones cofrades en estos años: en la mañana del Viernes Santo de 1981, una banda de rock que está ensayando al aire libre interrumpe el acto del Vía Crucis que la cofradía de los Estudiantes celebraba en la Plaza de San Jorge. Ver para creer: los asistentes tienen que mandar callar el estruendo de los desatados músicos para poder escuchar la plática del Padre Pacífico frente al Cristo del Calvario.

RECUPERACIÓN Y CONSOLIDACIÓN

Con solo seis cofradías activas y una evidente pérdida de peso en la sociedad cacereña, la Semana Santa solo tiene una salida: la huida hacia adelante. A partir del año 1982, sin que podamos precisar con certeza motivo alguno, florece entre las gentes de Cáceres un hermoso proceso de resurrección espontánea. El pueblo retorna a los desfiles, los cofrades repueblan los varales, y la pasión cacereña se sumerge en unos años prósperos de consolidación y crecimiento de puertas para adentro. Crecen en número no solo los cofrades y los espectadores, sino también la presencia de mantillas, una tradición que hasta entonces venía naufragando en franco declive.

Además del propio colectivo cofrade, también despega la parcela musical de la Semana Santa, gracias a nuevas bandas de cornetas y tambores que germinan en la periferia de la ciudad. Citamos como ejemplos la banda del grupo de majorettes "Hispanidad" o la de Barriadas Unidas. Barriadas Unidas es un conjunto de majorettes radicado en el barrio de Llopis Ivorra, compuesto por un grupo de chicas -encargadas de las coreografías- y una banda de cornetas y tambores, que interpreta marchas de ordinario y participa también en los principales festejos populares de la ciudad. Este grupo se disolverá en 1985, pero algunos de los muchachos se animarían a seguir adelante con la banda, plantando la semilla de lo que más adelante sería la histórica banda de cornetas y tambores del Santísimo Cristo del Humilladero.



La implicación y el empuje de las instituciones municipales tienen un papel fundamental en este renacimiento. Tras años de desidia, el ayuntamiento de Cáceres vuelve a enviar representación oficial a los desfiles, y la Audiencia Provincial se suma a esta iniciativa a través del magistrado Crespo. También comienzan a organizarse eventos como los certámenes de saetas o el concurso anual de carteles, que no hacen sino amplificar el impacto de la Semana Santa en la ciudad de Cáceres.

Mientras tanto se suceden los cambios en las hermandades, que van adoptando poco a poco las formas y las estructuras que conocemos en la actualidad. La cofradía del Nazareno, por ejemplo, traslada la procesión del Silencio al Lunes Santo en 1984, y al Domingo de Ramos en 1985, día en el que todavía se mantiene. Este desfile, con la imagen titular de Ntra. Sra. de la Misericordia, pululaba hasta entonces perdido en las últimas horas del Viernes y el Sábado Santo. Además, el paso del Señor de la Caída comienza a acompañar a la Virgen en esta misma procesión, sustituyendo al conjunto alegórico de la Cruz Vacía que pasa a ubicarse definitivamente en la procesión de la Madrugada, detrás del Cristo de las Indulgencias.

Por su parte, la cofradía de la Soledad consolida su procesión del encuentro en la mañana del Domingo de Resurrección, tras venir organizándola de manera intermitente durante toda la década de los 70. La hermandad

de los Ramos traslada la salida de la burrina a su sede canónica, el templo parroquial de San Juan. El desfile inaugural de nuestra Semana Mayor salía tradicionalmente del asilo de ancianos situado en el paseo de Cánovas, pero en 1981 este recinto se derriba para construir en su lugar el actual edificio de las Hermanitas de los Pobres.

Este proceso de recuperación se desarrolla muy poco a poco, a paso lento, como andan los pasos aquí en Cáceres. Quizás la cadencia fuera incluso imperceptible a los ojos de sus propios protagonistas, pero la realidad es que el Cáceres cofrade llega en plena ebullición al año 1985, abriéndose a una nueva y provechosa etapa de esplendor. A partir de este momento se refundan las hermandades de las Batallas y del Cristo Negro, se crea la Unión de Cofradías Penitenciales, y comienzan a recuperarse un sinfín de actos e infraestructuras como el pregón de Semana Santa o la edición de guías-folletos informativos. El crecimiento, por fin, se extiende de puertas hacia fuera y desemboca, durante la década de los 90, en multitud de reconocimientos oficiales y en un espectacular boom cofrade cuyo feliz y brillante fruto es la Semana Santa que conocemos y disfrutamos en la actualidad.

Sin quererlo, y seguramente sin saberlo, la Semana Santa de Cáceres se convierte en el único evento social que logra proyección exterior y éxito masivo gracias a la dedicación, el mimo y el trabajo directo de los propios cacereños. El único triunfo del que podemos proclamar gozosamente que es patrimonio nuestro y solamente nuestro. Nadie nos ayudó, nadie nos alentó, nadie nos miró de frente.

La fascinante moraleja de esta historia, que bien podríamos aplicar en otros entornos de crisis, reside en comprobar cómo gentes de variada condición, ante las situaciones más adversas, son capaces de redescubrir y poner en práctica las mejores herramientas que tienen dentro de sí: identidad, creatividad, unión, pasión, sacrificio y fe. De esta manera, la Semana Santa consigue despertar los sentidos y las capacidades de un pueblo históricamente dormido e indolente.

Intelligenti pauca